—Como el *Credo;* ha ido mas de cincuenta veces con su padre.

—¿Cuanto tiempo necesitaria para ir?

—¡Bah! una hora escasa, no apresurándose mucho.

—¿Quereis prestármele por dos horas?

—Está á las órdenes del señor marqués.... y es una honra para nosotros.....

—Gracias, buena Ursula.

El señor de la Tour du Roy salió del pabellon, cogió las riendas de manos de Pedro, y le entregó la carta, acompañada de una pieza de cien sueldos, diciéndole:

—Vas á ir corriendo al castillo, hijo mio. ¿Conoces á Domingo, mi ayuda de cámara?

—Sí, señor marqués.

—Preguntarás por él, y le recomendarás de mi parte que entregue sin pérdida de tiempo esta carta á la señora marquesa.

—¿Y despues?

—Despues.... regrasarás.

—Está bien, señor marqués.

El muchacho se guardó la carta en uno de los bolsillos, hizo un nudo con la pieza de cien sueldos en una de las puntas del pañuelo, y salió disparado como un ciervo que oye á pocos pasos los ladridos de la jauría.

El marqués volvió á montar; hizo ademan de

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

partir, pero pareció vacilar, y volviéndose á la mujer del guarda dijo:

—Ursula, vuestro marido tiene revolver, ¿no es verdad?

—Sí, señor... dos, como todos los guardas del señor marqués; pero no los lleva casi nunca. Están colgados en la pared, cerca de la mesa de escribir, y el señor marqués ha podido verlos hace poco.

—¿Están cargados?

—Lo ignoro; pero hay cartuchos en casa.

—Esta noche andaré hasta muy tarde por el bosque.... Es preciso ser prudentes.... Dadme uno de los revólvers, Ursula.

—Al momento; señor marqués.

La mujer del guarda entró en el pabellon, y volvió á salir á los pocos instantes conduciendo un arma de mediano tamaño, de acero bruñido, de culata de ébano y de sencilla pero excelente fabricacion.

El señor de la Tour du Roy se aseguró de que los seis cartuchos metálicos estaban en su sitio, y guardó el revólver en uno de los bolsillos del gaban.

—Gracias, y hasta la vista—dijo.

—Hasta la vista, señor marqués—respondió Ursula haciendo una reverencia.

Y añadió con visible vacilacion:

—Pero.... ¿no se encuentra bien el señor marqués?.....

—¿Por qué me lo preguntais?

—Porque el señor marqués está muy pálido. Creo que haria bien en beber un poco de aguardiente antes de partir.

Roberto sacudió la cabeza.

—Lo tenemos excelente—continuó la mujer del guarda.—No es extraño, procediendo del castillo.... El intendente nos regaló dos botellas con motivo del casamiento del señor marqués, y lo guardamos para las fiestas en que repican gordo en memoria de un dia tan feliz como lo fué aquel.

—Un dia feliz en efecto..—repitió Roberto con voz sorda.—Muy feliz... Adios, Ursula... no necesito nada.....

Y espoleando de nuevo el caballo, partió al galope.

—Todos estos grandes señores son extravagantes..—murmuró Ursula siguiéndole con la vista.—Juraria que el señor marqués no tiene la cabeza muy sana.....

El señor de la Tour du Roy vagó por el bosque hasta el momento en que la oscuridad completa reemplazó al crepúsculo.

Emprendió en seguida á buen paso el camino del castillo, abrió uno de los postigos de las tápias del parque con una llave que llevaba

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

siempre consigo, ató el caballo al tronco de un árbol, y se dirigió á la avenida cubierta, donde por tres ó cuatro veces Lazarine se habia reunido por las noches al jóven artista.

¿Por qué el marqués que no sabia nada de positivo, se dirigía precisamente á aquel sitio? nos preguntarán tal vez. La respuesta es muy sencilla.

Se dirigia á aquel sitio con preferencia á otro alguno, obedeciendo á un impulso instintivo y natural.

La avenida, cubierta con el dulce misterio de su espeso follaje, y separada solo del castillo por un corto trecho alfombrado de césped, debia atraer á los amantes que disponian de poco tiempo.

Mas cerca del castillo hubieran podido ser vistos, y para hallar el equivalente de la alameda cubierta era preciso alejarse demasiado.

El señor de la Tour du Roy recordaba ademas las súbitas desapariciones de Lazarine despues de comer, en el momento preciso en que Héctor desaparecia tambien del salon ó de la terraza.

Estas ausencias eran breves. Al cabo de media hora el marqués se hallaba de regreso. Parecía, pues, verosímil suponer que venia de la alameda cubierta.

Roberto se internó en el soto, cuya espesura

era tan familiar á Begourde, y armándose de paciencia trató de contener los latidos de su corazon y el estremecimiento de sus nérvios, y esperó.

Sonaron á lo lejos las ocho.

El cielo ostentaba la trasparencia del cristal; millares de estrellas brillaban en la noche como polvo de diamantes, y las embriagadoras emanaciones de las flores de otoño saturaban el tibio ambiente y esparcian en el espacio voluptuosos efluvios.

El señor de la Tour du Roy distinguió á lo lejos la sombría fachada del castillo. Las ventanas del comedor y del salon de billar, arrojaban sobre los naranjos de la terraza reflejos luminosos. El resto permanecia sumido en la sombra.

Pasos rápidos se dejaron oir en la arena de la avenida, y á poco se deslizó por dedelante del marqués una forma indecisa, en la que creyó reconocer la silueta de Héctor Begourde.

—¡Ah!—se dijo,—no me habia engañado; aquí se reunen.....

Y acarició con mano febril en el bolsillo de su gaban la culata de ébano del revólver.

A los pocos segundos cesó el ruido de pasos; pero el rumor del ramaje agitado y el crujido de ojas secas anunciaron á Roberto que el ron-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

dador nocturno buscaba como él, un asilo en la espesura.

El silencio era completo.

Dieron las ocho y media.... las nueve.....

Aparecieron luces en algunas ventanas del primer piso, y el señor de la Tour du Roy reconoció entre ellas las de la estancia de su esposa.

—¡Es extraño!—pensó.—Está sola.... se cree libre.... ¿qué puede detenerla?

Y al hacerse esta pregunta, una sensacion de júbilo inundó todo su sér.

Comenzaba á abrigar la esperanza de que sus sospechas descansaban sobre falsas apariencias.

Se extinguieron las luces del piso bajo, y por segunda vez oyóse ruido de pasos.

—¡Aquí llega!—pensó el marqués, desvaneciéndose de pronto todas sus esperanzas.

Y su mano crispada empuñó de nuevo el revólver.

XXIX

El señor de la Tour du Roy se equivocaba tambien esta vez.

El ruido que se percibia mas cerca era dis-